

LA ESTACIÓN DEL DIABLO AMARILLO

Julio Ramón Ribeyro

Los diablos¹ dormían encadenados en la estación de Payol, al final del andén. Nosotros llegábamos a las seis de la mañana, nos cambiábamos nuestro terno por la ropa de trabajo y nos lanzábamos a toda carrera para coger el diablo amarillo, el único que tenía ruedas de goma y mangos encorvados que permitían palanquear la carga con facilidad.

Gastón ya estaba allí, junto a la abarrotada mercadería y conforme nos acercábamos iba voceando:

-Gare du Nord!

-Pantin!

-Austerlitz!

Mientras ladeaba los bultos, nosotros deslizábamos bajo ellos la cuchilla de nuestros diablos, hacíamos presión sobre los mangos y una vez cargados iniciábamos la procesión hacia los camiones que nos esperaban alineados a lo largo del andén. Una rampa de madera nos comunicaba con cada uno de ellos. La subíamos em-

1. Diablo es la traducción literal de *diable*, que en argot ferroviario francés designa a las carretillas para llevar carga. *Nota del editor.*



pujando nuestro diablo, pero cuando el bulto era muy pesado debíamos tomar distancia, visar bien la rampa y lanzarnos hacia ella como quien se suicida. Al principio no faltó quien trastabilló, se tropezó o se fue con diablo y todo fuera del andén. Pero a fuerza de golpes y caídas nos volvimos expertos y despachábamos, apenas una docena de cargadores, trescientas toneladas de mercancía por jornada.

Casi todos éramos amigos y veníamos del Barrio Latino, espoleados por la necesidad. Habían terminado ya las ociosas mañanas de vino en los cafés de Saint-Germain. Habían terminado también nuestras andanzas por las márgenes del Sena buscando libros raros, postales cursis o viejos mapamundis. Todos teníamos un patrón rabioso que amenazaba con echarnos del hotel; una máquina empeñada que nos hacía falta para escribir nuestra obra maestra; lienzos o pinceles por comprar; o simplemente una desnutrición capaz de obligarnos a las más tristes claudicaciones. Pero la verdad es que al salir del trabajo éramos incapaces de cumplir nuestros preciosos sueños.

Llegábamos a casa tan cansados que no nos quedaba otra cosa que comer, emborracharnos y echarnos a dormir hasta el día siguiente.

El único obrero de nuestro equipo era Bel-Amir, el argelino. Y el único viejo. A pesar de tener más de sesenta años era el primero en llegar a la estación —por lo cual capturaba casi siempre el codiciado diablo amarillo— y el último en retirarse. Laboraba hasta los feriados para tener derecho a sobresueldo. Nos miraba como a



intrusos, como a caprichosos jovenzuelos venidos por azar al mundo del sudor. Jamás nos dirigía la palabra, si no era para refunfuñar cuando nos deteníamos a conversar o a fumar un cigarrillo.

—Ya está bien, ¿no? ¡A trabajar! ¡Esto no es un juego, *merde!*

Lo que nos permitió al comienzo soportar este rudo trabajo fue el buen humor. Tomábamos un poco en broma nuestro fatigoso oficio, lo considerábamos pasajero y aleccionador, dada nuestra condición de artistas en potencia, algo así como un *stage* de vida proletaria capaz de enriquecer nuestra experiencia del mundo. Pero cuando las semanas fueron pasando y las mañanas se hacían cada vez más frías; cuando vimos nuestras manos encallecidas y enmohecidos los mecanismos más frágiles de nuestra inteligencia; cuando en la cantina de la estación, entre centenares de ferroviarios, no podíamos conversar sino de cosas cada vez más triviales; cuando todo esto sucedió, comprendimos que había terminado el tiempo de la risa. Nos dimos cuenta que cada día nos volvíamos tan torpes, tan tristes y tan rutinarios como Bel-Amir, el más antiguo de los cargadores.

Algunos encontraron otro trabajo; otros, más afortunados, recibieron dinero y disfrutaron de una legítima tregua. Pero los olvidados seguimos madrugando, viajando en metro rumbo a la estación y corriendo por el andén a la caza del diablo amarillo. Se aproximaba el invierno, además, y nuestro equipo, con abrigo y guantes, formaba una procesión sombría que marchaba sin gracia por el filo de las tardes otoñales.



Un día Gastón, nuestro reclutador, me llamó a un lado.

—¿Quieres trabajar a tarea? Han llegado unos vagones con carbón y es necesario descargarlos. Cada día se te asigna una cuota y cuando la termines puedes irte a tu casa. Así, en lugar de trabajar las ocho horas reglamentarias, trabajas cuatro o seis, según la velocidad con que descargues. Pero eso sí, se comienza a las cinco de la mañana.

La propuesta me pareció buena y acepté. Al día siguiente, a las cinco de la mañana, estaba en la estación. Bel-Amir me esperaba.

—Vas a trabajar conmigo —me dijo—. ¿Qué prefieres, llenar la carreta o llevarla hasta el horno?

Enseguida me condujo hasta un andén subterráneo y me mostró el vagón que debíamos descargar.

—Hay cuarenta toneladas.

Yo subí al vagón. Estaba repleto de carbón húmedo y desmenuzado. Había una larga pala clavada en la montaña negra y en el andén reposaba sobre sus mangos una carreta de dos ruedas, como las que tiran los caballos en los pueblos de provincia.

—Prefiero descargar —dije.

Bel-Amir colocó la carreta al lado del vagón, con los mangos apoyados en una tabla y yo comencé a descargar. Trepado a la montaña lanzaba gruesas paletadas sobre la carreta. Bel-Amir me contemplaba fumando. Mis paletadas se hacían cada vez más espaciadas.

—¡Deprisa! ¡Este trabajo lo hacemos normalmente en tres horas!



Continué arrojando furiosas paletadas.

—¡Suficiente! Ya debe haber cuatrocientos kilos.

Mientras yo encendía a mi turno un cigarrillo, Bel-Amir cogió la carreta de los mangos y empujándola recorrió gran parte del andén y se perdió por una puerta lateral.

A los cinco minutos reapareció y se cuadró al lado del vagón.

—Otra vez.

Comencé a lanzar nuevas lampadas. Esta vez lo hacía con más calma, procurando que mis movimientos fueran más armónicos, buscando la cadencia perfecta que aliviara mi fatiga. Por momentos creí haberla encontrado, luego la perdí. Bel-Amir se impacientaba.

—¿Prefieres jalar la carreta?

Seguí lampadeando. Cuando Bel-Amir hizo el cuarto viaje eran las seis y media de la mañana y yo tenía carbón hasta en las pestañas. La montaña parecía no haber disminuido. Estaba enterrado en ella hasta las rodillas.

—Ahora tú vas a descargar —indiqué.

Bel-Amir subió al vagón y yo descendí al andén. Cada enorme paletada suya remecía la carreta y en pocos minutos quedó llena.

—¡En la segunda puerta está el horno! —gritó.

Comencé a tirar. ¡Qué gran invento era la rueda! A pesar de su voluminosa carga, la carreta se deslizaba con facilidad sobre el piso plano. Cuando crucé la segunda puerta me detuve pasmado: había una estrecha rampa ascendente, tan larga que apenas se veía el final,



donde humeaba el horno de la estación. Luego de un descanso me lancé por la rampa, jalando la carreta. A la mitad estuve a punto de dejarme vencer por la inercia, pero haciendo un esfuerzo llegué al borde y vertí el carbón en el abismo candente. Cuando retorné hacia el vagón Bel-Amir me recibió indignado.

—¡Te has demorado mucho!

El segundo viaje fue más penoso. La carreta me parecía más pesada, la rampa más empinada. Maldecía a Bel-Amir por haberme cargado mucho. Estuve a punto de caerme en el horno. Poco a poco sentí que me deshumanizaba, que me convertía en un buey, en un caballo. Tenía las manos ampolladas. Mi conciencia se había estrechado, al punto que no percibía la realidad sino por fragmentos: tan pronto la rampa o la carreta, pero siempre a Bel-Amir, gigantesco, oscuro, lanzando sus paletadas y gritando desde la altura: «¡Son las nueve!», «¡Son las diez!»... «¡Quieres pasarte aquí toda la mañana?».

Al mediodía no pude más.

—Escucha —le dije—. Renuncio a mi salario. Te daré lo que hasta ahora he ganado, pero ya no puedo más. Me voy.

—¡Imposible! Éste es trabajo de equipo.

Sin hacerle caso me fui a buscar a Gastón. Se sorprendió un poco de mi aspecto lamentable, pero me habló de compañerismo, de las necesidades del horno, de que «el árabe no puede hacerlo solo» y después de invitarme un vino en la cantina me convenció para que siguiera trabajando.



Pero ya la guerra entre Bel-Amir y yo estaba declarada. El resto no fue sino una sucesión de insultos. Yo lo increpaba en español y él en árabe. Llegué a tocar los límites del agotamiento. No sabía qué faena hacer. Por momentos descargaba, pero la lampa me quemaba las manos. Enseguida tiraba de la carreta, pero me tropezaba en el trayecto o echaba el carbón fuera del horno. A las cinco de la tarde, entre las maldiciones de Bel-Amir, terminamos el trabajo.

—¡Doce horas para un vagón de hulla! —gritó arrojando la pala en la carreta vacía.

Yo me arrastré al vestuario, pero no tuve fuerzas para ducharme ni para cambiarme de ropa. Viajé en el metro como un fantasma de hollín, escandaloso para mis inocentes vecinos. Cuando llegué a mi hotel del Barrio Latino me lavé, conseguí unos francos prestados y me fui a un restaurante chino, dispuesto a cobrarme un merecido premio de arroz chaufa y langostinos. Cada plato me sabía a carbón. Tragué todo por venganza. Al salir del restaurante me sentí mal y vomité los mil francos de comida sobre la vereda.

Estuve cuatro días en cama tosiendo, escupiendo el hollín tragado con tanta pena. Como no trabajé no pude pagar el cuarto y en consecuencia el patrón me echó del hotel. No me quedó otro recurso que regresar a la estación y hablar con el reclutador.

—Claro que puedes seguir trabajando —me dijo Gastón—. El carbón no te conviene, regresa al andén de la mercadería. Además, si no tienes donde dormir puedes



hacerlo en la barraca. No hay mucha comodidad, pero puedes hacerlo hasta que encuentres otro lugar.

Esa misma tarde, después del trabajo, me condujo hasta la barraca. Había que salir de los hangares, atravesar un puente sobre la vía férrea, contornear una larga pared que apestaba a orines y cruzar durante quince minutos un mundo de rieles perdidos, de vagones abandonados, de casetas sin destino, de vieja carga olvidada y herrumbrosa. Al final había una barraca de madera, cuyos tablones estaban separados y cuarteados por el golpe de muchos inviernos. Cuando empujé la puerta Bel-Amir, que cocía algo en una ronera, se sobresaltó.

—Será tu compañero —me dijo Gastón—. Tú dormirás en ese catre. No hay sábanas, pero alguien te las prestará. Los huecos de la pared puedes taparlos con periódicos.

Desde entonces dormí en la barraca, al lado de Bel-Amir. Yo lo asociaba demasiado a mi jornada carbonosa para que me fuera simpático. Además, carecía completamente de curiosidad. No le interesaba saber quién era yo, de dónde venía, cómo me llamaba. Cuando llegaba del trabajo cocinaba su comida en la hornilla de ron y luego se metía en la cama, con un gorro de lana en la cabeza. Yo iba a menudo hasta el Barrio Latino y regresaba bastante tarde. Bel-Amir dormía, pero apenas encendía la luz para desvestirme, se despertaba.

—¡Apaga! ¡Somos gente de trabajo! ¡Hay que dormir bien para poder ganarnos el pan!

Bastaba que me dijera esto para que el sueño se me fuera. Daba vueltas en la cama. Afuera soplaban los ai-



res del invierno inminente. Fumaba en la oscuridad y añoraba terriblemente una lámpara encendida, una hora de lectura, un nocturno reencuentro con la parte aún viviente de mi espíritu.

Poco antes de Navidad el trabajo se hizo insoportable. La ciudad estaba nevada y despachábamos una mercadería injuriosa: canastas de ostras y cajones de champán. La despachábamos llenos de rencor, de contenida violencia, deseando alguna catástrofe que aniquilara esa opulencia. Todo lo que París comería y bebería en su noche de fiesta, nosotros, los inteligentes braceros, lo llevábamos del andén a los camiones, otros braceros lo llevarían de los camiones a las cocinas y de las cocinas pasarían a bocas pintadas o ajadas o melifluas, bocas que no habían conocido otra fatiga que la del amor.

Pero seguimos bregando en los primeros días invernales. Ojerosos, íbamos detrás de Bel-Amir, en larga fila, mirando su recia nuca, sus pasos de siete leguas que marcaban el ritmo de nuestro trabajo. No se quejaba nunca, era infatigable, una máquina perfecta acoplada a su diablo. Para emularlo, intentábamos a veces cargar los bultos más grandes, pero al final salíamos vencidos. A menudo hacía hasta dos turnos diarios, lo que nos parecía fuera de las posibilidades humanas. Gastón nos había dicho que todo su dinero lo enviaba a Orán, donde vivía su familia. Hacía doce años que dormía en la barraca. No conocía París. Su vida consistía en ir del diablo a la cama y de la cama al diablo. Y así probablemente hasta reventar.



Por fin una mañana me tocó el diablo amarillo. En verdad era un gusto trabajar con él. Parecía estar hecho de una madera más liviana. Sus ruedas de goma no hacían el espantoso ruido de los diablos con ruedas de metal y se acomodaban a todas las fallas del piso, sin amenazar la estabilidad de la carga. La cuchilla de su parte inferior era de un acero tan afilado que penetraba fácilmente, sin la ayuda de Gastón, debajo de los bultos más aparatosos.

Estuve así trabajando todo el día, con la conciencia adormilada por la rutina de mis movimientos, mirando al caminar ora el reloj de la estación donde caían lentamente los minutos, ora las casas de la *rue d'Aubervilliers*, distintas todas, pero que a fuerza de haber permanecido siempre juntas, bajo el mismo sol y la misma lluvia, formaban un paredón ceniciento perforado de ventanas.

Una hora antes de terminar mi jornada iba yo como un autómatas, guiado por mis reflejos. Al pasar entre dos pilas de mercadería calculé mal la anchura del pasaje y mi diablo se estrelló contra un cajón. Salí volando por encima del diablo y caí sentado sobre su cuchilla acerada. Al levantarme sentí un dolor en la nalga. Al palpar me noté que tenía el pantalón desgarrado. Descansé un momento y seguí trabajando. Al poco rato un compañero me pasó la voz:

—Tienes el pantalón manchado.

Me llevé la mano al trasero y mis dedos se mancharon de rojo. Estaba sangrando.

De inmediato llamaron a Gastón. Con él fui a la ducha para lavarme. Tenía un corte en la nalga.



—Ven conmigo a la oficina.

Allí me extendieron una papeleta para que me atendieran en la enfermería de la estación. El médico me desinfectó la herida y me puso una gasa con esparadrapo.

—¿Puedo seguir trabajando?

—Hoy día descanse. Mañana puede seguir.

Cuando regresé a la estación el resto del equipo había partido al Barrio Latino. No me quedó más remedio que caminar hacia la barraca. Había comenzado a nevar. Yo andaba lentamente, sin sentir dolor, sino más bien una inmensa desazón por tener que recluirme en la cama, lejos de las luces de la ciudad, de los animados bares, de la conversación de mis amigos. El camino me pareció larguísimo. La nevada y la prematura oscuridad me despistaron y vagué largo rato entre los rieles y los vagones abandonados buscando la barraca.

Cuando entré a ella Bel-Amir estaba con la luz encendida, a punto de acostarse. Al verme cojear me miró un momento con atención, pero no dijo nada. Luego se metió a la cama y se cubrió con las cobijas. Me desvestí con lentitud, deseando gozar un momento más de la luz de la lámpara. Tenía necesidad de ocuparme de algo y cogiendo un periódico viejo comencé a hojearlo. Pronto sentí la voz de Bel-Amir.

—¡Apaga la luz, *merde!* ¡He hecho dos turnos y estoy cansado!

Apagué la luz y me tendí de espaldas en la cama. Trataba de distinguir alguna ranura en el techo. A veces pensaba en mi herida, pero no sentía allí más que un

agradable calor. No sé cuánto tiempo pasé así, quizás una hora o dos. Me dominaba una especie de somnolencia, que era como caer en el sueño y salir de él y volver a caer. Cada caída estaba acompañada de imágenes coloreadas de mi ciudad natal donde no nevaba nunca, donde ni siquiera llovía. Luego salía a flote en la barraca oscura y arrullado pero el silencio me volvía a adormecer. Yo luchaba contra esa somnolencia, sin saber por qué, puesto que era tan agradable descender al pozo iluminado de la infancia. Por eso, cuando regresaba de él, abría los ojos hasta el dolor o exploraba con el oído los alrededores buscando algún vestigio de vida.

En uno de esos despertares escuché quejarse a Bel-Amir. Se removía en la cama, parecía hablar consigo mismo. Al poco rato tosió. Estaba despierto. ¿Pensaría también él en su ciudad natal? Imaginé las casas blancas y chatas de Orán, como las de mi país, casas asoleadas, de un solo piso, rodeadas de flores y palmeras.

-Bel-Amir -murmuré.

En vano esperé respuesta.

-¡Bel-Amir! -grité esta vez.

Mi propio grito me asustó, pero a pesar de ello seguí llamándolo.

-¿Te vas a callar?

-Bel-Amir... ¿Piensas alguna vez en Orán?

Quedó callado. Volvió a toser.

-Bel-Amir, ¿tú quieres regresar a Orán?

-¿Por qué haces preguntas idiotas? ¡Cállate, déjame dormir!

-¿Tú quieres regresar a Orán? -insistí.

Algo refunfuñó, se movió de un lado para otro y al cabo de un momento dijo:

-No tengo suficiente plata.

-Eso es lo que quería saber, si pensabas regresar a Orán... Pero te quedarás aquí, Bel-Amir, te quedarás toda tu vida en la estación de Payol...

-¡Déjame en paz! Estoy resfriado, necesito dormir.

Quedé silencioso largo rato. El sopor me atrapaba. Cuando toqué mi frente la sentí helada. De inmediato comprendí lo que estaba sucediendo: desde mucho tiempo atrás, quizás desde que me acosté, la vida se me escapaba gota a gota por mi herida. Palpé mi vendaje y lo sentí húmedo y pegajoso. Sangraba nuevamente.

-¡Enciende la luz! -grité-. ¡Enciende la luz!

-¡Cierra esa boca, *merde!*

Yo seguí implorando. Traté de levantarme, pero mi cuerpo no me obedecía. Mi voz debía sonar a moribundo, porque Bel-Amir saltó de la cama, tosiendo.

-¡Un minuto nada más! -protestó.

Se hizo la luz. Bel-Amir quedó con la mano en el conmutador esperando que pasara el minuto. Aparté con pena mis frazadas y vi que estaba acostado en una sábana roja.

-Mira.

Bel-Amir se acercó. Observó las sábanas, la gasa sangrante, luego mis ojos. Lo vi más arrugado que nunca, con su espeso bigote completamente canoso.

-Ah, muchacho -lo sentí murmurar-. Envuélvete en la manta.

Yo lo obedecía, mientras él se calzaba refunfuñando y se ponía su mugrienta gabardina. Enseguida se acercó, metió un brazo bajo mi espalda y el otro bajo mis rodillas. El techo de la barraca se desplazó y pronto me sentí en el aire, viajando hacia la puerta. Luego fueron los rieles que se sucedían, las casetas abandonadas, el golpe en la cara de la nieve fría.

—¿Adónde me llevas, Bel-Amir?

—¡A Orán! —respondió soltando una risotada.

Sus pasos eran largos y seguros como los de un camello. En la estación pitaban los trenes. Ya no quise preguntar nada más. Cerré nuevamente los ojos, sabiendo que entre los brazos de Bel-Amir, esos brazos que durante sesenta años le habían impedido morir, mi vida estaba salvada.

(Huamanga, 1960)

LOS ANTIGUOS VIAJEROS

Adriano González León

Señor terrible de mi risa, he aquí la tierra humeante con sabor de venado.

*La arcilla viuda bajo el agua virgen,
la tierra lavada del paso de los hombres insomnes.*

Saint-John Perse

Cuatro relámpagos cortaron las barbas del maíz. Cuatro relámpagos que se desprendieron de los ojos de Anselmo Ruedo y bailaron como conejos en las cañas. La lluvia estaba cercando sus pestañas para que él —amansador de la tierra, látigo sobre la tierra— no pudiera entender que los zumos y las hierbas podridas, las raíces de muchos dedos, se estaban marchando. Anselmo Ruedo no vio nada y por ello sus ojos permanecieron siempre en las orillas del monte, afanosos, en acecho. «Fue un ruido inmenso de latas lanzadas contra las piedras, de cueros rasgados, de hornos de cal ardiendo». Éste era siempre el comienzo de su historia. Su historia mil veces iniciada desde sus vestiduras, desde su blusa cruzada por correas, con los sitios vacíos en donde deberían ir las pistolas. O decía: «Yo lancé al aire mi sombrero, mi sombrero alón, para matar los pájaros *jumíes*. Después el trueno se encargó de ahuyentarlos y ellos se fueron gritando,